

## FILOSOFOS AL PODER O ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS TIRANIAS ATENIENSES DEL AÑO 88 a.C.

F. Javier Gómez Espelosín

Pocos acontecimientos de la historia ateniense de los últimos siglos a. C. han merecido tanta atención, y subsiguiente polémica, como la que ya desde la propia Antigüedad se concedió a los sucesos del año 88 a.C., momento en que Atenas empezó a implicarse de lleno en el último de los grandes conflictos que Roma hubo de librar en Oriente antes del Imperio, la primera de las guerras contra el monarca pónico Mitrídates VI Eupátor<sup>1</sup>. Buena prueba del enorme interés de estos momentos es la detenida consideración que les presta uno de los más grandes historiadores de esa época, Posidonio de Apamea, a juzgar por el extenso fragmento recogido en Ateneo, que es precisamente lo que ha llegado hasta nosotros<sup>2</sup>. Tal consideración sin embargo dista mucho de ser un registro histórico frío y distanciado en el que de forma objetiva se refleja lo allí acontecido encadenando en clara secuencia lógica las causas y efectos de esta singular coyuntura histórica. Por el contrario, todo el fragmento se encuentra plagado de fina ironía y sutiles sarcasmos que dejan bien patente cuál fue la intencionalidad polémico-satírica que subyace en la base de todo el relato. Ese fue también el motivo principal que llevó a Ateneo a incluir dicho fragmento en su obra, dado el claro contexto en que se encuentra dentro de la variopinta galería de pasajes que constituye la obra de este escritor<sup>3</sup>. No es otro éste

---

<sup>1</sup> De la larga lista bibliográfica de trabajos dedicados al tema destacan sobre todo: W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Londres 1911, 440-449; J. Day, *An Economic History of Athens under Roman Domination*, Nueva York 1942, 113 y ss.; E. Candiloro, "Politica e cultura in Atene da Pidna alla guerra mitridatica", *SCO* 14, 1965, 134-176; J. Toulomakos, "Zu Poseidonios fr. 36 (= Athenaios 5, 214 a-b)", *Philologus* 110, 1966, 138-142; J. Deininger, *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland*, Berlín-Nueva York 1971, 248-258; P. Desideri, "Posidonio e la guerra mitridatica", *Athenaeum* 57, 1973, 3-29 y 237-269; E. Badian, "Rome, Athens and Mithridates", *AJAH* 1 2, 1976, 105-128; Ch. Habicht, "Zur Geschichte Athens in der Zeit Mithridates VI", *Chiron* 6, 1976, 127-142; J. Malitz, *Die Historien des Posidonios*, Munich 1983, 340-356; A. N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East*, Londres 1984, 135-137; B. C. McGing, *The Foreign Policy of Mithridates VI Eupator King of Pontus*, Leiden 1986, 118-121.

<sup>2</sup> Posid, F. 36 Jacoby *FGrH* = F. 253 Edelstein y Kidd = Ateneo 5, 211D-215B

<sup>3</sup> F. Rudolf, "Die Quellen und die Schrifstellerei des Athenaios", *Philologus*, Suppl. 6, 1891, 109-162. I. G. Kidd, *Commentary on Poseidonius*, Cambridge 1988, 864.

que la polémica contra los filósofos que apartándose del camino trazado por sus doctrinas han preferido probar fortuna en el terreno de la acción política con la pretensión última de alcanzar el poder para sí mismos. Se vienen a unir así en una difícil coyuntura filológica, de un lado las intenciones histórico-moralizantes de Posidonio, con todo el lastre de retórica y deformación que resultan tributarios de una iniciativa tal, y de otro, las necesidades de abreviación y selección apropiadas al contexto más general que presenta una obra de las características de la de Ateneo, que no para mientes en acortar pasajes que resultan inadecuados por su extensión, extractando sólo aquellas partes más relevantes y pertinentes. No resulta por tanto fácil, vistas las cosas desde esta perspectiva, la tarea del historiador moderno que, llevado de una a veces ingenua credulidad en la plena correspondencia de hechos y dichos, pretende deslindar la trama de los acontecimientos y articularla dentro de una secuencia racional a partir de una base tan quebradiza o insignificante. Admitida la posibilidad de un acercamiento, muchos lo han intentado con desigual fortuna y quizá por ello no tendría mayor sentido volver a probar suerte con otra nueva tentativa en la que indefectiblemente pesan junto con el lastre de la tradición antigua el cúmulo de interpretaciones modernas. Sin embargo nuestra intención se centra en este caso en el análisis del papel desempeñado en todos estos hechos por los filósofos, al parecer principales protagonistas de los mismos, dado que son quienes aparecen en el primer plano de la escena, y objeto y motivo de la atención desmesurada que les han prestado a los mismos las fuentes antiguas que nos han dado noticia de ellos. Esta es la principal finalidad de las páginas que siguen a continuación.

El interés narrativo de Posidonio se centra especialmente en la figura del filósofo Atenión, un peripatético, quien tras una curiosa carrera llegó a convertirse en tirano de Atenas en el año 88 a.C. Según su relato, este personaje procedía de oscuros orígenes, pues había nacido de una esclava egipcia comprada por un filósofo del mismo nombre, Atenión, al que se atribuye de forma conscientemente dudosa la paternidad de nuestro protagonista. De cualquier forma parece que acabó criándose en su casa y allí también aprendió a leer, sirviendo luego de báculo junto con su madre para el anciano Atenión, de forma que se convirtió en su heredero tras la muerte de aquel, más, parece, por causa de los servicios prestados y ante la falta de un candidato más idóneo que por estricta consanguinidad. De este modo, pasó a convertirse en ciudadano ateniense, da la impresión que por medio del fraude (*paréngrafos*). Más adelante se lanzó a la caza de jóvenes discípulos, pensando en ejercer como sofista, y se sirvió para ello de los encantos de su joven esposa como cebo. Esta actividad parece que le obligó a salir de Atenas hacia otras regiones, en las que consiguió la fortuna suficiente como para poder regresar de nuevo a Atenas gozando de los beneficios de una posición importante. A partir de entonces comienza su implicación política, ya que fue elegido como embajador ante la corte del rey Mitridates en unos momentos en que los vientos soplaban al parecer de ese lado (*tá prágmata metérrei*), y en muy poco tiempo consiguió llegar a ser unos de los miembros de su más próximo entorno (*ton philon*), alcanzando con ello una promoción considerable.

Desde esta posición encumbrada se consideró capacitado para estimular el decaído ánimo cívico de sus conciudadanos atenienses, quienes le habían enviado allí probablemente con esas expectativas, y comenzó a suscitar en ellos nuevas perspectivas de futuro. Les anunciaba así que podrían vivir en concordia una vez abolidas las deudas pendientes y recuperar la democracia con el aliciente adicional de obtener grandes dispendios (*dōreá*), tanto a nivel público como particular. El resultado, al menos aparente, de tales misivas no fue otro que el de crear un estado de opinión atrevido y confiado que les llevó incluso

a jactarse de acabar con la dominación romana de esos momentos<sup>4</sup>. Una vez cumplido el que quizá era principal objetivo de su misión emprendió el regreso hacia Atenas, en unos momentos además en que el brusco cambio de circunstancias en toda el Asia Menor podía servir de aval a sus promesas y exhortaciones. Un percance del viaje le demoró en Eubea, pero pronto fue trasladado a Atenas por unas naves de guerra y una litera con soportes de plata que los atenienses, enterados de la contingencia, hicieron llegar hasta él. Con ello se nos prepara para la impresionante escena de su recepción en la ciudad, rodeado de todas las posibles expectativas y en medio de un despliegue de medios considerables. Fue así aclamado como mensajero del nuevo Dionisos por los célebres artistas dionisiacos y tomó parte con ellos en festines y súplicas. Como residencia parece que se le otorgó la mansión lujosa de un rico llamado Dieo, que obtenía sus ganancias de Delos. Los festejos de bienvenida continuaron con una procesión en medio de la cual Atenión, ataviado con ricas vestiduras y un anillo con la imagen grabada de Mitrídates, iba rodeado de un numeroso cortejo de esclavos. Tuvieron lugar sacrificios y libaciones en su honor y al día siguiente se concentró una asamblea de forma casi espontánea (*autóclētos*) en la que Atenión fue acogido en olor de multitudes, teniendo hasta serios problemas para conseguir abrirse paso.

Desde la tribuna dirige la palabra a una multitud congregada por el enorme revuelo armado y dispuesta a escuchar de su boca las buenas nuevas que muchos con antelación ya se habían prometido desde sus misivas de aliento. Atenión les da cuenta del arrollador dominio del rey pónico en toda el Asia hasta el punto de que dos destacados generales romanos ya han sido vencidos y figuran de modo humillante en el cortejo triunfal de Mitrídates. La situación general en que viven los romanos es precaria y llegan de todas partes del orbe ofrecimientos de alianza para este nuevo rey-dios, a quien los oráculos han pronosticado el completo dominio del mundo. Con estos antecedentes exhorta a los atenienses a acabar con la situación anómala en que vive la ciudad a causa de la intervención romana en sus asuntos internos. Se hallan en unos momentos de *anarchia*, los santuarios están cerrados, los gimnasios en estado de decadencia, el teatro ya no es escenario de asambleas, los tribunales se hallan sin voz, lugares sacros en los que se emitían oráculos han sido apartados del uso público y se mantienen en silencio los debates de las escuelas filosóficas. Tras el discurso y después de un rápido intercambio de opiniones entre los concentrados, Atenión resultó elegido en asamblea estratego *epi tōn óplōn*. Una vez conseguido el cargo y parece que insuflado con nuevos bríos consigue también que salgan elegidos junto con él para el resto de los cargos hombres de su confianza. Sin embargo tras el lapso de unos pocos días (*met'ou pollás hēmerás*) toda una situación que hasta esos momentos parecía moverse dentro de los estrictos cauces de la legalidad democrática, de forma más o menos forzada, cambia de forma radical y Atenión se convierte en tirano de la ciudad, abriendo un período de persecuciones, proscripciones, falsos juicios, confiscaciones y asesinatos de todos los que se le oponían.

La ciudad pronto empezó a sentir los efectos nefastos de su política represiva y la carestía y todo tipo de privaciones se convirtieron entonces en las notas dominantes. La situación interna se complicó hasta tal punto que hubo necesidad de proclamar el primer estado de sitio del que tenemos noticia<sup>5</sup>. Su rapacidad fue tan lejos que incluso extendió sus garras hacia la isla de Delos. Contra ella envió una expedición militar bajo el mando

---

<sup>4</sup> Ateneo 5, 212 b = Edelstein-Kidd F. 253, 30-31.

<sup>5</sup> Ateneo 5, 214 d = Edelstein-Kidd F. 253, 143-144.

de otro curioso personaje, también filósofo, llamado Apelicón. Hombre de fortuna, parece que intentó adquirir de manera fraudulenta importantes archivos públicos, llevado de su afición bibliófila, motivo por el que pudo haber dado con sus huesos en la cárcel de no haber salido huyendo de la ciudad. Sin embargo regresó de nuevo y se alistó en las filas de Atenión, con quien compartía las mismas doctrinas filosóficas. La expedición acabó en desastre, debido principalmente a la negligencia y descuido de tan inadecuado general, que se marchó a dormir sin tomar antes las medidas de precaución adecuadas. El pretor romano Orbio consiguió así una fácil victoria sobre los desprevenidos atenienses, matando a seiscientos de ellos y capturando a cuatrocientos. Apelicón por su parte consiguió escapar de la isla, pero no corrieron la misma suerte una gran mayoría de los expedicionarios que perecieron víctimas del fuego al prender Orbio las granjas en las que habían ido a refugiarse. El largo fragmento posidoniano concluye entonces con la mención del trofeo levantado allí por el general romano y la cita de su inscripción conmemorativa.

La secuencia de los acontecimientos de Atenas podemos seguirla sin embargo gracias al testimonio de Apiano y a algunas breves referencias de Pausanias. Sabemos así que un tal Aristión se convirtió en tirano de Atenas mediante el apoyo fáctico de las tropas de Mitrídates que acababan de capturar la isla de Delos. Como no podía ser menos, también Aristión era filósofo, aunque esta vez epicúreo, y al igual que había ocurrido durante el último período del gobierno de Atenión puso en práctica un tipo de régimen despótico y cruel, condenando a muerte a unos bajo la acusación de ser partidarios de Roma y enviando otros hacia el monarca pónico. La llegada de Sila y su posterior asedio a la ciudad pusieron término a la tiranía de Aristión, de forma drástica y sanguinaria, y marcaron la conclusión definitiva de este breve período en el que los filósofos habían ejercido el poder en Atenas<sup>6</sup>.

Muchas son las cuestiones y los interrogantes que se presentan de inmediato a la hora de proceder a una interpretación histórica de los acontecimientos referidos. Para empezar la propia cohesión interna y continuidad cronológica de los hechos precedentes uno y otros testimonios. Ha habido en efecto quienes han planteado una posible identificación de ambos tiranos, Atenión y Aristión, en un solo personaje, sobre todo a la vista del sospechoso parecido de sus nombres, que explicaría una fácil ironía, de su contemporaneidad y de su misma condición de filósofos<sup>7</sup>. Existen sin embargo poderosas razones que nos llevan a distinguir de forma neta entre los dos individuos como dos personalidades históricas diferentes. En primer lugar, Ateneo no ha recogido en su totalidad el pasaje de Posidonio, ya que la narración de los hechos se detiene de forma brusca en la fallida expedición contra Delos sin mencionar para nada la toma final de la isla por Arquelaos, el general de Mitrídates. Ateneo había cubierto ya sus necesidades de ejemplificación con la figura variopinta de Atenión y no le pareció oportuno prolongar un relato que a tal efecto sólo iba a redundar en la misma dirección y optó por pasar a otro ejemplo algo distinto como el del tirano de Tarso, Lisias. La persona de Aristión, que aparece de repente en el relato de Apiano incorporado desde las filas de Mitrídates, quizá no presentaba los elementos propicios a su explotación retórica a diferencia de lo que sucedía con Atenión, con cuya narración además parece complacerse Posidonio. Aristión a la postre representaba tan solo la constatación evidente de unas expectativas, reflejo de las cuales es la digresión moralizante que aparece en Apiano sobre la falsedad de los

---

<sup>6</sup> App, *Mithr*, 28-39 y 38-39; Paus. 1, 20, 5.

<sup>7</sup> Un resumen de la polémica en Kidd, *The Commentary*, 884-886.

filósofos, pero no ofrecía una secuencia tan completa y pormenorizada como lo hacía Atenión, cuyo acceso al poder con todos los preparativos era digno de una consideración más detenida. No resulta además imaginable que, como ha señalado Badian, un autor como Posidonio hubiese cometido un error respecto a un detalle tan importante para él como la adscripción a una determinada escuela filosófica, sobre todo a la vista de su hostilidad hacia los epicúreos<sup>8</sup>.

Ni siquiera parece un argumento definitivo el hecho de que tanto Apiano como Pausanias únicamente mencionen a Aristión y no aludan siquiera a la existencia de otro tirano anterior. Efectivamente, ambos autores incluyen la noticia dentro de su relato alusivo a la guerra de Mitridates y más en concreto al momento en que Atenas se implicó de lleno en ella. Dejan por tanto de lado todo lo relativo a la propia historia interna de la ciudad que no tenía relación inmediata y directa con su tema principal: la guerra de Mitridates en el caso de Apiano y la toma de la ciudad por Sila en Pausanias<sup>9</sup>. Si bien es verdad que Atenión tuvo una estrecha relación con el monarca pónico, no lo es menos que éste último nunca llegó a intervenir de forma directa en la ciudad antes de la llegada de Arquelao, con el que al parecer viajaba Aristión. Es esta última circunstancia por tanto la que constituye el punto de entroncamiento con la historia de la guerra mitridática, momento por ello en el que se inicia la alusión histórica de los dos autores mencionados.

Los acontecimientos de Delos adquieren igualmente una mejor secuencia histórica si concatenamos ambos relatos, el fragmento de Posidonio y las referencias de Apiano. La fallida expedición de Apelión y su negativo resultado final, llevaron más adelante a personarse contra ella al mismísimo Arquelao, que esta vez con un mayor número de tropas y mejores preparativos concluyó con éxito la misión, devolviendo la isla y el tesoro a los atenienses. Por fin, resta considerar un texto de Estrabón en el que si bien sólo se menciona a Aristión, se hace también alusión a la existencia de varios tiranos en estos momentos en la ciudad con el apoyo de Mitridates<sup>10</sup>. De entre ellos destaca precisamente a Aristión como el más poderoso (*ischúsas*) y el que mayor violencia ejerció sobre Atenas, siendo castigado más tarde por Sila tras la toma de la ciudad. Si tenemos en cuenta que la fuente informativa de Estrabón es muy probable que sea el mismo Posidonio, hallaríamos en el texto de aquel un breve resumen de unos hechos que recibían un tratamiento mucho más pormenorizado en el texto original de Posidonio, al que el extracto de Ateneo hace mayor justicia, pero al tiempo también una confirmación más de que tampoco éste último recogía en su integridad el largo excursus sobre los hechos del historiador de Apamea<sup>11</sup>.

Si la secuencia cronológica de los acontecimientos y hasta una cierta cohesión

---

<sup>8</sup> Badian, 115.

<sup>9</sup> Pausanias de hecho comienza su alusión a los acontecimientos diciendo: ἐγὼ δὲ ὄσον ἐς τὴν ἄλωσιν τὴν Ἀθηναίων ἔχει δηλώσω.

<sup>10</sup> Estrab, 9, 1, 20.

<sup>11</sup> M. Dubois, *Examen de la Géographie de Strabon. Etude critique de la méthode et des sources*, París 1891, 322 y ss. esp. 327. Sobre su empleo de Posidonio en general, E. Honigmann, s. v. "Strabon" (3) *RE* IV A 1, 1931, col. 108 y ss. W. Aly, *Strabon von Amaseia Bd. IV. Untersuchungen über Text, Aufbau und Quellen der Geographika*, Bonn 1957, passim.

interna de los mismos se deja traslucir con relativa facilidad del engranaje de los sucesivos testimonios mencionados, no sucede lo mismo a la hora de proceder a su interpretación. La confusa situación que vivía Atenas a comienzos del año 88 a. C., un paso más de las complejas circunstancias en que se hallaba sumida la ciudad desde un tiempo atrás<sup>12</sup>, hizo posible la subida al poder de Atenión, quien contó para ello con el apoyo de una buena parte de la clase dirigente que veía en esos momentos mejores perspectivas para sus intereses en el rey pónico que en una Roma excesivamente apremiada por sus propios conflictos internos en la península itálica<sup>13</sup>. Entre quienes fueron nombrados a sugerencia suya para el resto de los cargos se encontraban miembros de distinguidas familias que habían ocupado ya con anterioridad altos cargos, pertenecientes por tanto a los estratos dirigentes de la sociedad ateniense de aquel entonces<sup>14</sup>. Otro de los rasgos que denotan los partidarios y a la vez promotores de Atenión en su vinculación con los intereses delios. Los cargos que algunos de sus "colegas" habían detentado en la isla y su alojamiento en casa del rico Dieo, cuyos ingresos procedían de allí hablan a las claras en esta dirección<sup>15</sup>. Nos movemos por tanto dentro de los esquemas tradicionales de poder y lejos de un vuelco total de las circunstancias con el acceso al poder de nuevos elementos antes marginados que habrían tenido en la multitud de la ciudad su apoyo principal<sup>16</sup>. El propio Atenión y su malogrado general Apelicón son calificados sin reparos como hombres de fortuna y es además muy probable que toda esa historia relativa a sus bajos orígenes no tenga otro valor que el de uno de esos *topoi* literarios y retóricos, muy utilizados por oradores y políticos para desacreditar a sus adversarios, que nos son bien conocidos gracias a Aristófanes, Demóstenes o Cicerón<sup>17</sup>. La sordidez de algunos detalles, como su nacimiento de una esclava, su inscripción fraudulenta como ciudadano o la "explotación" de su esposa con fines comerciales, y ese perfil tradicional del hombre sin recursos al que acaba sonriendo la fortuna y regresa por ello transformado a su patria, constituyen buenas piedras de toque para que un talento retórico e irónico como el de Posidonio supiera sacar de ellos el partido necesario y adecuado a sus pretensiones moralizantes.

Sin embargo toda esta hábil sátira posidoniana, en la que se ponen en juego toda la variedad de recursos, hasta los más chocantes y burdos -de los que es buen ejemplo el empleo de *silēpordōn*- no puede poner en entredicho la legalidad básica de las acciones

---

<sup>12</sup> Ferguson 415 y ss; S. V. Tracy, "Athens in 100 B. C.", *HSCP* 83, 1979, 213-235.

<sup>13</sup> Sobre la situación en la península itálica en estos momentos: E. Gabba, "Le origine della guerra sociale e la vita politica romana dopo l'89 a. C.", *Athenaeum* 1954 = *Esercizio e società nella tarda repubblica romana*, Florencia 1973, 193-345. De Sanctis, *La guerra sociale*, Florencia 1976.

<sup>14</sup> Badian, 124. Sobre la aristocracia dominante en esos momentos, P. MacKendrick, *The Athenian Aristocracy 399-31 B. C.*, Cambridge Mass. 1969, 54-62.

<sup>15</sup> IG II 1714. El polemarco Filotas era sobrino de un gimnasiarca delio durante el primer arcontado de Medeo. De los tesmotetas, uno de ellos, Patrón, era hijo de un comisionado para Delos, y otro, Poses, miembro de una distinguida familia de poetas, fue él mismo gimnasiarca de Delos. Sobre la persona de Dieo, S. Dow, "A Leader of the Anti-Roman Party in Athens in 88 B.C.", *CPh* 47, 1942, 311-314. Sobre la vinculación de la ciudad con los intereses delios, Tracy, 229-231.

<sup>16</sup> Ferguson, 418 y ss. veía un enfrentamiento entre un partido oligárquico prorromano y un partido democrático. Véase la crítica de Badian, 105 y ss.

<sup>17</sup> Badian, 113; Kidd, *Comm.*, 865-866.

de Atenión, quien al menos en los primeros momentos de su mandato fue elegido democráticamente y dejó que las cosas discurrieran por ese cauce. En algunas de las disgresiones que se intercalan a lo largo del relato no podemos dejar de sentir los ecos de la vieja queja aristocrática contra la mala elección efectuada por la multitud, dotando de poder a un personaje siniestro o que no contaba con los beneplácitos del resto de los miembros de la clase dirigente<sup>18</sup>. En el caso presente se añadían a los viejos recelos de "clase" las reservas ideológicas de Posidonio sobre el papel que Roma debía desempeñar en el orbe griego, evitando precisamente la puesta en escena de individuos de esta clase<sup>19</sup>. Este tipo de reproches se pone de manifiesto en algunos momentos cruciales del relato como en la detenida exposición del fasto que rodeó a Atenión en su presentación ante los atenienses. Posidonio refuerza hábilmente el contraste entre el mísero pasado del filósofo y la opulencia presente, y no deja pasar la ocasión sin notar precisamente que "ni siquiera ninguno de los romanos en tal ostentación habría humillado con su lujo (*katachlidōntos*) al Atica"<sup>20</sup>.

Atenión fue sin duda un instrumento útil en manos de quienes recelaban de la ascendencia romana en los asuntos internos de la ciudad, dentro de esa enconada lucha por el poder que mantenían entre sí los miembros de la clase dirigente. Una competencia desmedida que había conducido a la ciudad a una situación tal que hizo necesaria la intervención del Senado para mediar en el caso, dando lugar con ella a que un tal Medeo desempeñase el más alto cargo durante tres años consecutivos<sup>21</sup>. Es en este contexto donde encaja la afirmación de Estrabón respecto a la vigilancia que los Romanos habían impuesto sobre la libertad y autonomía de los atenienses<sup>22</sup>. Y a este estado de cosas es al que también alude Atenión en su discurso, cuyo denominador común no es otro que el de la plena paralización de la rica vida pública ateniense en cada una de sus manifestaciones. El descontento popular creado fue así conscientemente aprovechado por quienes veían en Mitridates una buena oportunidad para cambiar la situación y abrir nuevas perspectivas a sus ambiciones políticas, en esos momentos paralizadas. Estos fueron quienes promovieron a Atenión y organizaron de forma cuidada todo el entramado propagandístico que culminó con su acceso al poder. Sin duda la elección de Atenión como cabeza visible de toda la trama no estuvo desprovista de razones. Su talento retórico ya debió haber sido algo evidente cuando fue elegido como embajador junto a Mitridates, donde además de granjearse pronto su favor supo predisponer a los atenienses de su lado mediante el envío de unas cartas que a juzgar por el comentario de Posidonio cumplieron a la perfección su cometido (*meteōrize toús Athēnalous*). A su regreso supo perfectamente desempeñar su función "protagonista" y al tiempo que rodeó su figura de un cierto carisma reveló también un dominio de los medios que se demostró altamente rentable a corto plazo al

---

<sup>18</sup> Se encuentran reproches de esta clase en Polibio, al respecto véase F. J. Gómez Espelós, "La política de Filipo V en la Propóntide: El caso de la ciudad de Cíos", *Lucentum* 6, 1987, 81-90.

<sup>19</sup> Candiloro, 145 y 165; Desideri, 249 y ss.; H. Strasburger, "Posidonios on Problems of the Roman Empire", *JRS* 55, 1965, 48 y ss.; K. Von Fritz, "Poseidonios als Historiker", en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977, 177 y ss.; G. J. G. Aalders, *Political Thought in Hellenistic Times*, Amsterdam 1975, 102-105.

<sup>20</sup> Ateneo, 5, 212 c = Edelstein = Kidd, F. 253 42-43.

<sup>21</sup> Sobre la competencia por el desempeño de cargos, Badian, 108-112.

<sup>22</sup> Estrabón, 9, 1, 20.

conseguir concentrar la atención popular tanto en su persona como en su mensaje. Sabe crear en efecto, a la vista de su auditorio, las condiciones de expectación necesarias como para que se le reclame una información que sin duda pretendía transmitir de todas formas<sup>23</sup>. Presenta además la situación con toda la apariencia de un verdadero acontecimiento inesperado (*to parádoxon tēs epístaseōs*), condición que recalca de forma retórica, sabedor quizá del efecto que tales acontecimientos casi prodigiosos provocan en las multitudes<sup>24</sup>. Sabe igualmente presentar a Mitrídates como un auténtico liberador en consonancia con las más rancias tradiciones helénicas que goza de todas las bendiciones esperadas. Ha sometido toda el Asia (*krates*) y envía grandes ejércitos hacia Tracia y Macedonia, sin embargo es acogido en un cambio de actitud esperable por todas las regiones de Europa (*metabeblētai*). Los enemigos son humillados y así uno de los generales romanos vencidos, de quien se menciona que acababa de celebrar un triunfo en Sicilia, es ahora arrastrado encadenado junto a un bárbaro descomunal, realizando con la crudeza del contraste todavía más su humillación. Y a la postre Mitrídates es un verdadero rey-dios, aclamado así por todas partes y a quien todos los oráculos han anunciado el dominio del orbe. El papel jugado en todo este montaje por los artistas dionisíacos con su recepción triunfal de Atenión constituyó sin duda un aditamento importante en este mismo sentido<sup>25</sup>.

Dentro de ese buen dominio de los medios al que nos hemos referido se incluye también su experto manejo de los sentimientos y emociones de la masa. Ya había intentado anteriormente sacar partido de su "venalidad", al prometer con sus cartas la obtención de grandes beneficios a título particular. Sabe igualmente hacer un buen uso de las pausas dando tiempo a que germine de manera adecuada la semilla lanzada en su mensaje. Así sólo incita a una determinada acción concreta cuando tiene la seguridad de que ha insuflado a la multitud la dosis de confianza necesaria tras el recuento de los prodigiosos avances de Mitrídates, después de haber hecho esa pausa imprescindible para que los rumores y las opiniones favorables se intercambiaran entre unos y otros y se extendiera entre la masa esa repentina osadía que irrumpe con profusión en momentos de especial excitación. Todo el fasto exterior que rodeó desde el principio a Atenión en su regreso a la ciudad parece en efecto todo un impresionante despliegue publicitario digno de la mejor campaña electoral moderna, sabedores sus organizadores de la rentabilidad inmediata de tales medios. Las aclamaciones, procesiones, su propio atavío personal, todo parece encaminado a impresionar el ánimo popular con un empeño que no se para en gastos a la hora de guardar las apariencias. El alojamiento en casa de Dico, en cuyo lujo y esplendor se detiene Posidonio, parece que fue uno de los elementos importantes en toda esta farsa. No caben en efecto muchas dudas de las claras intenciones propagandísticas de quienes promocionaban a Atenión cuando Posidonio alude a sus más próximos acompañantes en el cortejo triunfal como "los que pretendían gozar de estimación (*eudokimēn*) entre el demos"<sup>26</sup>. Como en tantas otras ocasiones los esquemas funcionaron

---

<sup>23</sup> Ateneo, 5 212 f = Edelstein-Kidd, F. 253 65-71.

<sup>24</sup> Ateneo, 5, 213 a = Edelstein-Kidd F. 253 71-72.

Sobre la importancia de estos aspectos, G. Le Bon, *Psicología de las masas*, trad. esp. Madrid 1983, 79 y ss.; J. Beuchard, *La puissance des foules*, París 1985, 105 y ss.

<sup>25</sup> McGingn, 89 y ss.

<sup>26</sup> Ateneo, 5, 212 f = Edelstein-Kidd, F. 253 62-63

y se obtuvieron, al menos en principio, los resultados deseados echando mano de esta clase de recursos, que desde siempre se han probado muy rentables y han hecho bueno el uso inveterado de la demagogia<sup>27</sup>.

Toda la operación en suma constituyó una muestra del talento propagandístico bien del propio Atenión o de sus promotores a la hora de conseguir el apoyo popular para sus propios fines políticos. En su puesta en funcionamiento cabe destacar la existencia de algunos elementos puestos en juego de cara a obtener una mayor eficacia en sus pretensiones. En primer lugar el recurso a una vena patriótica (quizá mejor que nacionalista) que siempre se mostró eficaz en el mundo griego y más en un lugar de tan reconocidas tradiciones en este sentido como era la ciudad de Atenas. Así afirma que es el interés de su patria (*to tēs patrídos sūmpheron*) lo que le mueve especialmente para dar a conocer lo que sabe a sus conciudadanos a la hora de iniciar su discurso. El punto central del mismo no es otro que la "invitación" a los atenienses para que no consientan la situación presente en que vive la ciudad por causa de Roma. Quizá cupiera establecer una cierta diferencia de matiz dentro de este importante pasaje. Da la impresión en efecto que el mayor énfasis de Atenión recae precisamente sobre la primera parte (la situación de *anarchia*), que es encabezada por un firme *mē anēchesthai*, ya que a la postre lo que estaba en juego era algo tanpreciado como su autonomía y su propia forma de gobierno (*politeúesthai*). Sin embargo todos los demás factores que impiden el desarrollo de una vida ciudadana normal, aún con estar vinculados de modo directo a esa autonomía, van encabezados en bloque por un término aparentemente más leve (*me periidōmen*) que podría entenderse como un aspecto complementario de la afirmación anterior. Con todo se está haciendo referencia a los símbolos tradicionales de la identidad religiosa y política de los atenienses como el teatro, los oráculos o las celebraciones de Eleusis. La carga emotiva patriótica que aquí se pone en juego es por tanto considerable. Dentro de este mismo apartado habría que incluir la alocución demagógica por la que Atenión, una vez elegido estratega, reafirma el poder soberano de toda la ciudad ("Sois ahora vosotros quienes ejercéis la función de estratega sobre vosotros mismos") aunque él en persona figurarse a la cabeza (*proéstēka d'ego*). La eficacia inmediata de esta clase de alegatos demagógico-patrióticos se comprueba cuando a renglón seguido se le permite sugerir (*hupobállōn*) los nombres de quienes deben acompañarle en el desempeño de los altos cargos.

Es igualmente probable que debamos achacar también, al menos en buena parte, a esta vena patriótica el asunto de Delos. La isla, vital para los intereses de los atenienses, se hallaba prácticamente en manos de Roma dada la numerosa presencia de comerciantes itálicos en la isla y su claro predominio en todos los negocios relativos a su próspero tráfico comercial<sup>28</sup>. El ataque de Apelición, que Posidonio presenta como una simple extensión de la codicia de Atenión, pudo tener entre sus motivaciones más inminentes la de asegurar de nuevo en Delos una supremacía ateniense que ya se había perdido en esos

---

<sup>27</sup> Sobre la manipulación, F. J. Gómez Espelósñ, "La manipulación de las masas como arma política en el mundo helenístico", *Revista de Estudios Políticos* 45, 1985, 165-176 y "Simplices Homines. Algunas observaciones sobre la posición socio-política de Polibio", *Faventia* 9, 2, 1987, 41-58.

<sup>28</sup> Sobre la isla J. Hatzfeld, *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénique*, París 1919, 242 y ss. P. Roussel, *Délos, colonie athénienne*, París 1916; véase también Ferguson, 346-414; Candiloro, 135 y ss.

momentos. Son significativos en este sentido hechos como la ya referida vinculación con los intereses de la isla de una buena parte del grupo político que apoyaba a Atenión, o el apoyo y refugio que los granjeros atenienses prestaron a los fugitivos tras el fallido ataque, siendo por ello víctimas de la salvaje represión romana.

También podría tomarse como indicio de la carga patriótica que se depositó en el tema delio el hecho de que el propio Atenión parece desaparecer de facto tras el fiasco de la operación y su sucesor Aristión parece que hubo de emplear la violencia y la fuerza armada para imponerse de nuevo en la ciudad, dando la impresión que el fracaso en Delos no solo acabó con Atenión sino con una buena parte del apoyo con que contaba.

Otro elemento digno de consideración es el oportunismo de que hicieron gala tanto Atenión como el grupo que le promocionó, sabiendo sacar el máximo beneficio de la confusa situación reinante en Atenas en esos momentos, a cuyas causas habría colaborado sin duda una buena parte de ellos, participando en esa desafortada competencia por los cargos a la que ya se ha hecho referencia anteriormente. Sin embargo el oportunismo no estuvo presente sólo a la hora de definir las lealtades sino también en el momento de marcar las distancias. Y aquí entra en juego el antirromanismo de Atenión, una posición ni mucho menos tan clara como parece en un principio al menos en los primeros momentos de su mandato hasta la expedición a Delos. Badian ha señalado que en esos primeros momentos todavía no se había producido la fractura total con Roma y ha calificado de contemporizadora la posición de Atenión al respecto<sup>29</sup>. Si bien su discurso a los atenienses iba dirigido a desplazar del área de influencia romana los asuntos internos de la ciudad y a hacer girar todas las miradas hacia Mitridates, en ningún momento se incita a actuar de forma explícita y directa contra Roma. Es en efecto altamente sintomático que no se haga una clara referencia a la masacre general de romanos que por entonces se había llevado a cabo en las ciudades microasiáticas -las famosas Vísperas asiáticas-, que seguramente ya conocía el propio Atenión. Quizá fue conscientemente ocultado dado que la mención de un hecho de estas características podría haberle enajenado el favor de ciertos sectores, temerosos del cariz que podían tomar los acontecimientos en un futuro próximo si las cosas iban mucho más lejos que un simple cambio de alianzas que parece era lo que se pretendía en un principio<sup>30</sup>.

Además cualquier interpretación plausible de la expresión que precede a una laguna en el texto y ha dado pie por ello a distintas conjeturas, parece apuntar en la misma dirección. En efecto, si como algunos piensan ha de entenderse como tal y suponer por tanto que Atenión llegaba a fingir hablar en favor de los romanos para así descubrir a sus partidarios en la ciudad, dándoles ocasión de ponerse en evidencia, esta postura resultaría de escasa credibilidad si las relaciones se habían roto ya con antelación y sólo algún incauto podía picar el anzuelo<sup>31</sup>. Si entendemos en cambio que tal compostura, como falsa pretensión, no existió y que sólo la deformación consciente de la visión de Posidonio entendió así las cosas -cosa no muy difícil de admitir a la vista de su posicionamiento

---

<sup>29</sup> Badian, 113.

<sup>30</sup> Otro punto de vista en Kidd, *Comm.*, 875.

<sup>31</sup> Sobre el problema planteado por dicha expresión, Toulomakos, 138-142, supone que se trata de *eine Auslassung des stümperhaft arbeitenden Athenaios*. Discusión sobre el pasaje en Kidd, *Comm.*, 879-882.

global al respecto-, hemos de pensar que ese claro intento de contemporización sólo era factible en una situación un tanto ambigua en la que las cosas no se habían decantado todavía de modo definitivo. Tampoco resulta muy creíble que dada una toma de posición tan a las claras tras el discurso y la elección de Atenión se hubiera demorado la captura de Delos, cuando la situación de la isla era tan clara. Probablemente Atenión trató de guardar un difícil equilibrio hasta que todo empezó a decantarse ya de forma decidida del lado de Mitrídates, cuya proximidad debió alentar a Atenión a una toma de postura más radical, asumiendo la tiranía y dando paso a las defecciones, traiciones y procesos a los que se alude en el texto de Posidonio. Quizá de este modo podemos también incluirle, en esta última etapa a la cabeza de Atenas, en la vaga referencia de Estrabón a los tiranos impuestos por Mitrídates al frente de la ciudad, de entre los cuales, dada la ya escasa capacidad de reacción de Atenión, especialmente tras el fracaso de Delos, cita sólo al más poderoso, Aristión, que contó con el apoyo directo de las tropas pónicas.

De las dificultades de interpretación que toda la trama de acontecimientos referidos comporta, quizá una de las más oscuras nos la ofrece el cambio operado en Atenión, que pasó de ser un líder casi unánimemente admitido a comportarse como el peor de los tiranos. Todo el pasaje es ciertamente confuso, incluso desde el propio punto de vista textual, y ha suscitado por ello intentos de corrección por parte de muchos estudiosos<sup>32</sup>. Posidonio aporta una serie de citas con las que pretende avalar un comportamiento esperado. Sin duda tocamos aquí fondo, pues nos enfrentamos con el verdadero *quid* que le interesaba subrayar a Posidonio y al tiempo ante el motivo fundamental por el que el referido fragmento fue seleccionado por Ateneo: la polémica contra los filósofos que se han aupado al poder. Todo el relato de Posidonio en este respecto no deja de recordarnos, incluso a veces con ciertas coincidencias, otros relatos similares referidos a otros tiranos en otros momentos de la historia griega. Ello en principio no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que existió contra los tiranos toda una casuística tópica a lo largo de la literatura clásica<sup>33</sup>. El peso de estos tópicos tradicionales, sumado aquí al evidente prejuicio partidista de Posidonio, resta considerable valor histórico a la narración.

Es posible que en todo el asunto jugase un papel más que destacado la psicología individual del propio Atenión, sobre todo a la luz de la celeridad con se desarrollaron los acontecimientos que determinaron su escalada al poder. Es más que probable que un habilidoso sofista como parece que era Atenión, ante la dinámica de los hechos y una posición aparentemente bien cimentada, "olvidase" su función de instrumento, aunque eso sí principal, de toda la trama prevista y acaparase el primer papel confiado en sus propias fuerzas. Unas fuerzas que creyó basadas en el respaldo popular con que contaba -y su elección como estratega debió reafirmarle en este sentido- y en las expectativas suscitadas por la llegada, ahora efectiva, de Mitrídates, de las que él mismo habría sido heraldo anteriormente. Este paso le costó sin duda la enajenación de muchos de sus iniciales sostenedores (los *eu phronóntes* a los que alude Posidonio) y el inicio de un inevitable período de represión con el que atajar los problemas políticos que tales defecciones le ocasionaban. La confusa situación interna provocó carestía y una creciente necesidad de fondos públicos, que explica las confiscaciones y posiblemente también la expedición contra

---

<sup>32</sup> Sobre ellos, Kidd., *Comm.*, 879.

<sup>33</sup> Sobre esta clase de tópicos, Cl. Mosse, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París 1969, 133-145.

Delos. Su fracaso acabó por restarle las últimas lealtades de quienes veían todavía en él a un líder patriótico capaz de restablecer el prestigio y la prosperidad al demos ateniense. Una derrota en Delos, además afrentosa a manos de un pretor romano que consiguió una fácil victoria con solo aprovechar los descuidos tácticos, fue más que suficiente para dar al traste del todo con estas expectativas. De hecho Aristión hubo de imponerse en la ciudad con el apoyo de las tropas pónicas a pesar de llevar consigo el tesoro de Delos. La situación en la ciudad ya no era la misma y sólo se podían contar entre las filas del tirano aquellos elementos del demos más turbulentos, según se nos dice en la breve alusión de Pausanias a los acontecimientos<sup>34</sup>, mientras los partidarios de Roma afloraban y debían ser objeto de la represión<sup>35</sup>.

La animadversión contra los filósofos-políticos, de la que se hace eco el pasaje comentado, constituyó otro de los tópicos de debate preferidos en la Antigüedad clásica. Parece que se inicia ya con la figura de Pitágoras y prosigue a lo largo de todo el período helenístico, en el que algunos desempeñaron un papel destacado en determinados eventos políticos de su tiempo. Unos desempeñaron por sí mismos la tiranía como es el caso de Demetrio de Falero en Atenas, y otros estuvieron al lado de tiranos revolucionarios que intentaron emprender importantes reformas con su gobierno. Hallamos así junto al tirano de Casandrea, Apolodoro, en los inicios del siglo III a. C., la oscura figura de un filósofo llamado Califonte. El estoico Esfero estuvo al lado de los monarcas espartanos que impulsaron la revolución desde arriba, y Blosio de Cumas, también estoico, pudo haber proporcionado al rebelde pergámeno Aristónico una buena parte de su utopía revolucionaria<sup>36</sup>. Hubo otros que sacando partido de la confusión creada por las guerras mitridáticas se erigieron a la cabeza de sus ciudades como tiranos, parece que contando siempre con un cierto respaldo popular, como un tal Diodoro en Adramitio<sup>37</sup>. El filósofo era al parecer la figura idónea para captar el favor popular hacia una y otra de las facciones en lucha por el poder dentro de los estados griegos. Con la presencia de las grandes potencias del momento y el importante despliegue propagandístico de que hacían gala unos y otros, era preferible hacerse con el control de la situación, contando con el apoyo mayoritario de la población, siempre que ello fuera posible, y fue en esta coyuntura en la que los filósofos empezaron a jugar un importante papel. Esta vía permitía además el acceso al poder a personajes "marginales" a los estrictos círculos aristocráticos, que no contaban con atributos más tradicionales como la riqueza o el prestigio familiar. En la ya antigua lucha en que se debatían los diferentes miembros de la clase dirigente se abría ahora una nueva brecha que podía desembocar en peligros insospechados. Posidonio a través de su relato de los acontecimientos de Atenas de estos momentos, centrado no casualmente en tres filósofos (Atenión, Apeliócón y Aristión), nos da buena cuenta de todas las potencialidades y peligros que entrañaba confiar el poder en manos de los filósofos. El hábil manejo de los sentimientos de la multitud (*páthe*) y el descarado oportunismo de

---

<sup>34</sup> Paus. 1.20, 5.

<sup>35</sup> App., *Mithr.*, 28.

<sup>36</sup> Sobre el papel de los filósofos en este sentido, Cf. Mosse, "Les utopies égalitaires à l'époque hellénistique", *RH* 93, 1969, 297-308; J. Ferguson, *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, passim. R. Günter y R. Müller, *Das goldene Zeitalter*, Leipzig 1988, 75-88

<sup>37</sup> Sobre Diodoro, Estrab., 13, 1, 66. Sobre esta y otras tiranías del momento, como las de Colofón y Tralles, H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vols., Munich 1967, 430.

Ateni6n se unen en su relato a la ineficacia absoluta de un Apeli6n metido a general y a la crueldad sin contemplaciones de Aristi6n, due6o y se6or absoluto de la ciudad.

Este tipo de recursos (el oportunismo, la demagogia) habían sido desde siempre patrimonio, mejor o peor utilizado, de los líderes políticos griegos. Su utilizaci6n consciente se daba por admitida en el seno de la clase dirigente y se consideraba una derivaci6n natural y obligada de la aspiraci6n al poder. El sistema sin embargo ya había ocasionado importantes riesgos para la propia estabilidad del orden social. Al ya tradicional peligro de las tiranías o de una democracia radical, se unían ahora la intromisi6n desmedida de las potencias exteriores en los asuntos internos del estado. Las clases dirigentes, al menos aquellos de sus miembros que todavía confiaban en seguir manteniendo su posici6n dominante en las nuevas circunstancias con el recurso a democracias moderadas o regímenes timocráticos, reaccionaron por tanto con virulencia a los nuevos desafíos. Hubo además quienes como Posidonio vieron en el dominio romano una garantía del cumplimiento de las expectativas de un orden social justo y estable gobernado por los mejores. No resulta por ello extraña la animadversi6n que rebosa todo el fragmento si unimos en este caso al odio casi atávico de los aristócratas hacia los tiranos, el rencor y desprecio de quienes como Posidonio, filósofo también él mismo, veían a éstos como los guías conductores de esa nueva ordenaci6n social y no como los artifices de su desmantelamiento. Tengamos presente que eran precisamente los filósofos los encargados de ejercer el gobierno en esa edad dorada que Posidonio imaginaba como el principio ideal en el desarrollo de la humanidad y en el curso de la historia<sup>38</sup>. Personajes como Ateni6n y los otros contradecían a las claras estos ideales, concentrando además en sus personas las fallas de un sistema que Posidonio se aprestaba a combatir. *Officium erat imperare, non regnum* es la máxima que podemos leer en una de las epístolas de Séneca en la que se recogen los ideales del filósofo de Apamea referidas al gobierno de los filósofos durante aquel tiempo ideal<sup>39</sup>. Con su acceso al poder como tiranos estos personajes expresaban el fracaso real y el desencanto de estos viejos principios. Se comprende por tanto la hostilidad, envuelta en ironía y sarcasmo, con que Posidonio trata este momento de la historia de Atenas en el que los filósofos fueron, y no precisamente desde la tribuna cultural de las escuelas, los principales protagonistas.

---

<sup>38</sup> Aalders, 103.

<sup>39</sup> Sen. *Ep.*, 90, 5 = Edlestein-Kidd, F. 284.